

1

BECCA



YA HE PERDIDO COMPLETAMENTE MI JUVENTUD. NO ME QUEDA MÁS QUE aceptarlo.

No sé a quién quise engañar cuando me puse este vestido, tomé el primer vaso de vodka —que, debo admitir, empezó a marearme desde el primer sorbo— y me dije a mí misma que salir de fiesta esta noche sería una buena idea.

Lo haces por Jack. Lo haces por Jack.

Uf, a quién engaño. Jack está besándose con un chico preciosísimo del otro lado de la discoteca, apenas ha notado mi presencia en más de media hora.

Al menos Harper sigue aquí conmigo, bailando frente a mí, básicamente perreándose.

Me alegra saber que ellos se están divirtiendo. Sobre todo Jack, después de todo, la razón por la que los tres estamos aquí es que hoy es su cumpleaños. O ayer. Honestamente, no sé qué hora es.

Chequeo mi celular después de preguntarme eso.

Ay, mierda. Son las tres de la madrugada.

Tengo clase exactamente en...

Cuento con los dedos.

Seis horas.

Perfecto.

Aprovecho el instante en que mi teléfono está encendido para asegurarme de no tener mensajes de mi jefe, a quien, por tercera vez este mes, le *rogué* que me diera el día. Espero alguna respuesta pasivo-agresiva a mi texto en el que le aviso que me lo tomaré y que lo descuento de mis pocos días de vacaciones, pero al notar que tan solo me ha clavado el visto, me relajo.

Bueno, no como tal. Seguramente el lunes deba aguantar todo un sermón. Y tiene razón. A este punto, quizás llegue fin de mes y yo no vea ni un centavo. Y *mierda* que lo necesito.

La Universidad de California es tan prestigiosa como costosa.

Tendría que estar en el bar si quiero seguir pagando mi carrera, pienso o, mejor dicho, me *torturo*.

Una vez más, desbloqueo mi teléfono mientras mis pies se mueven a un compás muy diferente al de la música atronadora que ha estado rompiéndome los tímpanos desde la medianoche, y le doy un sorbo al vaso de vodka con jugo que tengo entre las manos.

No recordaba que el alcohol fuera tan fuerte.

Eres toda una anciana, Rebecca Moore.

—¡Becca! —exclama Harper, que ahora está tomando del cuello a una chica rubia y hermosa para bajar hasta el suelo junto a ella.

Quito la vista de la aburrida pantalla de mi teléfono para observarla.

—¡¿Qué?! —grito con la intención de que la música no cubra mi voz. Probablemente no lo haya logrado.

—¡Te amo! —contesta mi tan hermosa amiga ebria.

No puedo evitar lanzar una carcajada. Harper ebria se vuelve un osito cariñoso. Nadie pensaría que es una boxeadora profesional que ha ganado cientos de campeonatos nacionales.

—¡Yo a ti! —grito y le lanzo un beso.

Ella lo recibe y hace la seña de que se lo guarda en su teta izquierda. Me río.

Trato de divisar a mi otro amigo, pero la discoteca está repleta. Apenas tengo espacio para moverme un milímetro. No cabe ni un átomo más en este lugar, y los de seguridad de la entrada se empeñan en dejar pasar a más de estos niños ricos que estoy *segura* de que mañana no deben despertarse temprano a estudiar o trabajar.

No me molesta que Jack tenga dinero, pero a veces los lugares que frecuenta simplemente no son para mí.

La pantalla de mi teléfono se ilumina y me emociono al creer que es una respuesta de Sebastian a la foto que le envié con mi outfit para esta noche.

Mi ilusión cae en picada cuando veo que solo es una notificación de alguien que está haciendo un video en directo. Bufo, bloqueo el teléfono y fuerzo una sonrisa cuando veo que Harper me está mirando.

Sebastian Harris es mi novio desde hace ya seis meses, pero no hay momento en que no espere con ansias un texto suyo o una llamada, sobre todo cuando le envío fotos mías.

No me considero una mujer fea, pero Sebastian es como un dios griego, una obra de arte, un cuadro de belleza masculina.

Siempre que lo veo, me quedo perdida en sus ojos verdes —que más de una vez me han hecho poner de rodillas... Detalle que, pensándolo bien, voy a omitir—, en su cabello rubio, en su rostro perfecto tallado por los mismos dioses y en su cuerpo completamente atlético.

Mi mejor amiga parece notar *enseguida* mi decepción. No es la primera vez que estoy pendiente de mi teléfono, esperando noticias de Sebastian, y no recibo ni siquiera un mensaje de texto.

—¡A la mierda con el *idiota*! —dice, sobrepasando la música y haciendo un gesto con la mano—. ¡Tú disfruta de la noche!

Me rio y ruedo los ojos, suspirando.

Estoy a punto de contestarle cuando alguien me da un —muy fuerte— empujón en la espalda, que hace que me tambalee hacia adelante y que vuelque un poco de vodka en mi vestido.

Putra madre.

Este es uno de los pocos vestidos nuevos que tengo.

Maldigo entre dientes y sacudo la mano para quitar de mis dedos el hediondo líquido que hace siglos no bebo.

Me doy la vuelta *enseguida* para enfrentar a quien sea que me haya empujado de esa manera.

A escasos centímetros de mí se encuentra el culpable, que parece no haberse dado cuenta de que me empujó... o bien no le importa en lo absoluto haberlo hecho.

Está mirando en dirección opuesta a mí, por lo que lo único que puedo ver es la espalda exageradamente ancha de un hombre de cabello negro oscuro, camisa negra y una altura *descomunal*. Está bailando con una mujer pelirroja, cuyo vestido probablemente cueste más que todo mi apartamento.

Al parecer, ninguno de los dos ha notado que acaban de empujarme, dado que están demasiado ocupados *metiéndose la lengua hasta la garganta* el uno al otro.

Por poco dejo escapar una arcada.

En ese momento, la enorme espalda del chico vuelve a impactar, esta vez, contra mi pecho, y me tambaleo hacia atrás.

—A la mierda —murmuro para mí, y cuando consigo recuperar el equilibrio, le toco el hombro al *idiota* que está dejándome sin bebida en el vaso, que está haciendo que ensucie todo mi vestido y que quizás me haya generado un hematoma en la espalda.

Debo tocarlo de nuevo porque, a la primera, no se voltea. Implemento más fuerza de la necesaria esta vez.

Al fin, se da la vuelta.

Me encuentro con unos ojos azules que me observan con desdén desde arriba. Es tan alto que debo alzar la cabeza para hacerle frente. Sus ojos se entrecierran con duda y, parece, algo de frustración. Quizás le molesta que haya interrumpido su *cogida con ropa* a esa preciosa chica que también me mira mal.

Por un momento, sus ojos fijos en los míos me cortan la respiración, pero enseguida me recupero.

—¿En qué te ayudo? —pregunta con voz muy fuerte para sobrepasar la música.

Su novia, o quien quiera que sea, me observa con las cejas levantadas mientras se aferra con más fuerza al pecho —ahora noto, completamente tonificado— del hombre de ojos claros y cabello oscuro casi negro, como si creyera que estoy tratando de robárselo o algo así.

—Estás empujándome —digo con firmeza, y mis ojos se desvían hacia la pelirroja—. Ambos —me corrijo, turnándome entre señalarlo a él y a su ligue. La *torre* de ojos azules alza las cejas—. ¿Podrían hacerse a un lado?

Intercambian una mirada cómplice con la que, estoy segura, están insultándome en silencio, y los dos vuelven a observarme.

El pelinegro simula echar un vistazo a toda la discoteca y a la cantidad de gente que nos rodea. Luego, regresa a mis ojos.

—¿Y dónde sugieres que vayamos? —pregunta con... *¿sarcasmo?*
¿Acaso está vacilándome?

—No lo sé. No es mi problema. Pero lejos de mí y de mi pobre espalda.

Ojitos claros abre la boca y suspira. Después, niega con la cabeza y rueda los ojos.

—Búscate un problema honesto —dice, volviendo a girarse junto con su chica.

¿Disculpa?

—¡¿Disculpa?! —espeto, obligándolo a que vuelva a mirarme—. ¡Estás empujándome! ¿Acaso te gustaría que alguien viniera y te empujara, que te hiciera derramar bebida en tu vestido y en tu teléfono?

—No uso vestidos.

Por un momento me quedo procesando esa oración. Parpadeo repetidas veces. Sacudo la cabeza.

—Mira, “ojitos claros” —digo, señalándolo con el dedo índice—, no tengo por qué soportar que la Torre Eiffel esté empujándome por estar muy ocupado haciendo lo imposible por tener *su primera vez* esta noche. Así que, ahora, *muévete*.

Me parece ver cómo sus labios *casi* se curvan en una leve sonrisa al oír lo que digo. Aparentemente, acabo de joder su *momento de seducción*, porque la pelirroja decide decirle algo al oído y luego largarse con la peor de las caras.

Ahora solo somos el idiota y yo.

Bueno, y todos los que nos rodean.

Transcurren segundos, o minutos, o quizás apenas milésimas... no lo sé, pierdo la noción del tiempo, en los que solo me mira a los ojos con... ¿diversión? ¿Enojo? Ni idea, esos iris azules y esas pupilas dilatadas son imposibles de descifrar.

De repente, siento como si mis rodillas perdieran fuerza.

—Imagino que no tienes novio —dice entonces.

Ahora estoy mareada.

—¿Qué? —Mi voz se escucha más aguda de lo planeado.

Ojitos claros sonrío, altanero.

—Que no hay chances de que tengas novio.

—¿Por qu...?

—Eres insoportable.

Por un momento, me quedo tiesa. Boquiabierta. Mirándolo a los ojos.

¿Qué carajos dijo?

Parpadeo varias veces. Estupefacta.

¿En serio este idiota acaba de llamarme insoportable?

—¡¿Pero tú quién mierda te crees que eres?! —vocifero.

El imbécil se muerde el labio con ironía, disfrutando de mi enojo. Eso me molesta aún más. Ver que está ahí, tranquilo, como si nada, observando cómo mi rostro pasa de ser pálido a rojo, como cada vez que me enfado.

—Entonces tengo razón —dice como para sí mismo, afirmando con la cabeza—. No tienes novio.

No sé en qué momento ni por qué lo hago, pero de un instante a otro, la camisa del imbécil queda completamente *empapada* cuando... le arrojo el vodka que tengo en el vaso.

Qué maduro de tu parte, Becca, tirarle alcohol encima a un extraño.

Por un instante, el tiempo parece detenerse.

Puedo sentir el calor de la *vergüenza* mezclado con el del *enojo* ardiendo en mis mejillas mientras observo su rostro sorprendido ante mi acto impulsivo.

Su mirada se oscurece y una chispa de diversión cruza sus ojos.

Levanta las manos, viéndolas cubiertas de alcohol, y las sacude hacia abajo.

Luego, me clava una mirada intensa, penetrante.

—¿En serio? —dice con voz baja.

Mi respiración se vuelve errática cuando lo veo.

La camisa empapada resalta su físico tonificado, cada abultamiento muscular y cada línea marcada se destaca de manera prominente bajo la tela húmeda.

Mi pulso se acelera en mi garganta y se me corta el aliento. Soy incapaz de dejar de mirar cada músculo que se exhibe a través de su camisa empapada.

Estoy observándolo con mucha más atención de la que me gustaría admitir.

Siento un *intenso* calor en mi entrepierna y es entonces cuando reacciono.

No puede ser. No puede ser.

¿Qué carajos ocurre conmigo?

—¿Te gusta lo que ves? —su voz ronca me saca de mi trance y levanto la vista para encontrarme con una sonrisa burlona en sus labios.

Mis mejillas arden, pero no puedo apartar la mirada de su torso mojado, de la forma en que sus músculos se tensan con cada movimiento.

No soy capaz de articular una respuesta. Las palabras se me atascan en la garganta.

Él da un paso hacia adelante, acortando la distancia entre nosotros, y puedo sentir su calor y el aroma del alcohol mezclado con su colonia.

—Lo... —titubeo como una idiota. Mis ojos no pueden evitar desviarse una y otra vez a su cuerpo. *Por Dios, Becca, detente—*. Lo odio.

—Tus ojos dicen otra cosa.

Su mirada baja lentamente por mi cuerpo, evaluándome con diversión y algo más... provocador.

La intensidad de su atención me hace sentir como si estuviera desnuda.

—¿Q-qué... carajos dices? —espeto con voz temblorosa.

Él continúa recorriéndome con la mirada, hasta que se detiene en mi rostro. Clava sus ojos en los míos y una sonrisa arrogante curva sus labios.

Se inclina un poco más hacia mí, su aliento cálido roza mi mejilla y envía escalofríos por mi espalda.

Me quedo inmóvil. Él sostiene mi mirada con la suya.

—Deberías limpiar esto —dice finalmente.

Sus palabras están cargadas de doble sentido y siento que mi pecho va a estallar.

—Me das *asco*. —Intento que mi voz suene más firme de lo que me siento por dentro.

—Pues tú me pareces jodidamente *preciosa*.

Me quedo recalculando, viéndolo a los ojos cuando suelta esas palabras. Sonríe una última vez y me guiña el ojo sutilmente.

Sin más, se da media vuelta con serenidad. Despacio, sin prisa.

Y regresa con su grupo de amigos, donde la chica pelirroja lo espera de brazos cruzados y una clara expresión de sorpresa por verlo totalmente empapado.

Él va hacia ella. La toma del culo. La besa con pasión.

Me mira.

Me mira mientras la besa.

Desvío la vista tan rápidamente como soy capaz. El corazón no me deja de latir desbocado en el pecho y siento un sudor frío cayendo por mi frente.

Maldición.

¿Quién carajos es este hombre?



Paso todo el siguiente día insultándome por no haber reaccionado de otra manera.

He estado pensando insultos que podría haber dicho en la discusión que tuve con el *idiota* anoche. Estuve maldiciéndome a mí misma por mi falta de ocurrencia en el momento de la discusión desde que salí de mi última clase de Estadística en Psicología.

—Y su respuesta fue “eres insoportable” —imito la voz del idiota usando un tono mucho más grave que el mío—. *Agh*. ¿Puedes creerlo? Debí haberle roto la nariz.

Sebastian ríe desde su cama de dos plazas, que es más grande que todo mi living, y se recuesta sobre sus antebrazos para observarme mientras me maquillo frente a su espejo de cuerpo entero.

—¿En serio vas a preocuparte por la opinión de un extraño? —pregunta mi novio, y admito que me quedo embobada viendo cómo su bíceps de jugador de handball se tensa bajo su nuca.

Termino de colocarme la máscara de pestañas y luego despeino mi flequillo para darle algo de volumen. Lo miro a través del espejo y me muerdo el labio inferior con histeria.

—No, por supuesto que no. —Niego rotundamente—. Pero conozco a ese tipo de idiotas. Van de altivos por la vida, creyendo que son los reyes del mundo e importándoles un carajo alguien más que ellos mismos.

—No lo veo mal.

—Entonces tú también eres un idiota.

Mi novio ríe, pero a mí no me causa ni una pizca de gracia.

Confieso que aún estoy un poco molesta por su irresponsabilidad de anoche. Estuve una hora esperándolo afuera de la discoteca, congelándome y muriéndome de sueño, porque había prometido venir a buscarme.

Y, claro, no apareció.

Dijo que se quedó dormido, pero esto ya ha pasado antes. Varias veces me ha dejado plantada a la salida del bar, a las dos de la madrugada, porque había dicho que iría a buscarme y luego no me contestaba los mensajes ni las llamadas.

He gastado cientos de dólares en Uber porque él se olvida de ir a recogerme cuando promete hacerlo.

Empiezo a creer que simplemente *no tiene ganas de ir a buscarme*.

Sebastian se levanta y me rodea la cintura por detrás. Luego, deposita un beso en mi cuello que me hace estremecer.

—Lo siento —digo en un suspiro, con voz más suave—, estoy estresada, tengo sueño... Y ni hablar de que estoy nerviosa por esta noche. Todo se mezcla —hago movimientos circulares con mis manos cerca de mi pecho— y me pongo... *así*.

Sebastian sonríe con sus labios rozando mi cuello.

—Relájate, Becks. —Intenta calmarme—. Todo saldrá bien. Les caerás bien.

Dejo escapar un suspiro y asiento varias veces con la cabeza, tratando de convencerme de que lo que dice es cierto.

Conocer a su grupo de amigos es un paso muy grande en nuestra relación. Sebastian quiso presentármelos antes pero, si voy a ser sincera, me costó varios meses prepararme psicológicamente para conocer a un grupo de *ricachones* que, sostengo, me harán sentir como sapo de otro pozo.

Sin embargo, me digo a mí misma que esto es importante para Sebastian, que lo hago por él, y que trataré de pasarlo lo mejor posible.

Cuando termino de prepararme, le doy un corto beso en los labios y nos apresuramos en subirnos a su vehículo.

Ya vamos tarde. Increíble comienzo de noche.

Enciendo el Bluetooth y atino a poner mi playlist de Taylor Swift. Sebastian se da cuenta de mi intención y niega con la cabeza. Suspiro, ruedo los ojos y le entrego el teléfono para que ponga lo que quiera, resignada.

Observo hacia afuera por la ventana, a las luces y los edificios de la ciudad de Los Ángeles de noche, tratando de respirar hondo y tranquilizarme.

—Finalmente conocerás a Rhett —dice él entonces desde el asiento del conductor. Giro la cabeza en su dirección para mirarlo—. A él le he hablado de ti como a nadie.

Rhett Coleman.

El mejor amigo de Sebastian.

No lo conozco, he visto alguna que otra foto suya —o mejor dicho, de sus abdominales, porque eso es todo lo que publica en sus redes sociales— pero nunca en persona. Lo único que sé de él es que sus padres son Alexander y Madeleine Coleman, los empresarios automovilísticos más famosos de Los Ángeles, y que es el capitán del equipo de Handball del que Sebastian forma parte.

Ah, y que ha jugado varias veces para clubes europeos.

—¿Y si me cae mal? —pregunto, con tono burlón... aunque no siendo *tan* irónica.

—¿Por qué te caería mal?

Me encojo de hombros.

—Tal vez resulta ser un idiota.

Mi novio sonríe mientras niega con la cabeza.

—Se caerán bien, créeme. —Hace una pausa—. Ah —continúa—, Ashley también estará allí. Me ha dicho que quiere conocerte desde la primera vez que le conté acerca de ti.

Finjo una sonrisa con todas mis fuerzas.

Sí, conozco a Ashley Hawthorne. Solo por fotos, pero no necesito nada más para saber que es una de las mujeres más hermosas que he visto en toda mi vida.

Aunque también parece ser la típica chica que me haría *bullying* en la preparatoria.

Me obligo a quedarme callada. No quiero que Sebastian crea que no tengo muchas ganas de ir.

A pesar de que así sea.

Debería estar estudiando, pienso.

O en el bar si no quiero que mi jefe me eche a patadas.

En menos de una semana he usado todos los días compensatorios que he estado acumulando durante más de un año.

Genial.

Minutos más tarde, estamos estacionados frente a una casa inmensa, iluminada y moderna. Los amigos de mi novio ya están adentro y, según Sebastian, el anfitrión es el famoso *Rhett* del que me ha hablado cientos de veces.

Sé que tiene dinero, pero, *guau*, la *mansión* frente a mis ojos es completamente de ensueño.

Trago saliva, y mi novio me guía hacia la puerta de entrada con toda la naturalidad del mundo. Entra como si fuera su casa, sin siquiera tocar antes. Dejamos atrás un jardín repleto de flores para sumergirnos en un living con una vibra cálida y reconfortante.

Todo en este lugar grita “soy millonario y quiero enseñarlo”.

Justo en ese momento, una chica de cabello castaño salpicado de mechones dorados, cruza por delante de nosotros y rompe la fascinación que me mantenía observando todo con la boca entreabierta.

—¡Seb, hola! —dice con emoción, y le da un abrazo a mi novio.

—Ey, Nicky —contesta él, saludándola con un beso en la mejilla.

Casi me siento invisible hasta que los dos se separan y Nicky me ve detrás de Sebastian, cual mascota asustada que se refugia en su dueño.

—¡Hola! —exclama ella, quien es, asumo, una de las amigas de mi novio—. Tú debes ser Becca. Encantada, me llamo Nicole. ¡Qué bueno que estés aquí!

Nicole me da un beso en la mejilla antes de que tenga tiempo para contestarle. Le sonrío. Su energía parece genuina, así que mis nervios se disipan... Al menos hasta que otra chica, a quien sí conozco, aparece en escena.

Ashley Hawthorne.

Uf, es aún más hermosa en persona.

Sebastian no tarda en abrazarla y levantarla unos cuantos centímetros del suelo. Debo ignorar los celos que se acumulan en mi pecho al presenciar la *performance* en primera fila.

—¡Te extrañé, pequeño! —exclama Ashley mientras mi novio vuelve a dejarla en el suelo... de donde jamás debió haberla quitado.

Su vista se desvía hacia mí. Trago saliva, los nervios regresan. Está vestida con una falda y un top blancos con brillos. Luce preciosa, en serio.

Pero sus vibras no lo son.

—Becca, ¿cierto? —pregunta sin ningún tipo de interés, y sin ninguna intención de disimularlo.

Me señala con el dedo, frunciendo el ceño.

—Ajá —contesto, forzando una sonrisa para no lucir intimidada—.
Hola, gusto en conocerte, Ashley.

Me esfuerzo por ocultar mi incomodidad.

Finalmente, se me acerca y me da un *seco* beso en la mejilla. Se aparta de mí en menos de un segundo y me clava una mirada de arriba a abajo.

Nicole se acerca a ella, le dice algo con la misma emoción con la que me saludó, y luego ambas se dirigen hacia otra zona del living.

Supongo que esa es nuestra invitación a pasar... ¿no? *¿Dónde está el dueño de la casa?*

—Ey, tranquila —dice Sebastian, colocando una mano con delicadeza en mi espalda, ahora al descubierto por la blusa que llevo puesta. Me doy cuenta de que mi atuendo es mucho más informal que el de Nicole y Ashley. *¿Había un código de vestimenta del que no estaba enterada?*—. Relájate. Estás pálida.

—Estoy bien... *pequeño* —termino con ironía, imitando el apodo, y la voz, de Ashley.

Él revolea los ojos ante mis evidentes celos. No soy celosa. Si existe alguien que *repudia* los celos, soy yo. Pero, por favor, ¿“pequeño”? Tiene veintitrés años y mide más de un metro ochenta y cinco. No es *pequeño*.

Ese apodo ni siquiera tiene sentido.

Sebastian me guía hacia el interior del living, donde están el resto de sus amigos sentados en sofás de terciopelo gris alrededor de una mesa de vidrio central.

¿Todo aquí es así de lujoso?

—Miren quién llegó —exclama uno de los chicos cuyo cuerpo está *desparramado* en el sofá. Abre los brazos, y se levanta como si todos

sus músculos le pesaran. No he notado hasta ahora que en la mesa hay varias botellas de alcohol. De un muy, muy, caro alcohol.

Creo que estoy sonriendo. O no. No lo sé. Juro que estoy intentándolo.

Mi novio me acerca a ellos, al centro de la reunión. Ashley me observa durante un segundo, y luego vuelve a hablar con Nicole. Dios, esa chica me intimida *mucho*.

—Becca, él es Liam. —Señala al muchacho de ojos marrones y cabello castaño, que ya está de pie y me da un abrazo amistoso como saludo. Tiene varios tatuajes en los brazos y uno que apenas se asoma por su cuello—. Y él, Connor. —Un chico un poco más bajito, rubio y de ojos avellana, que también me sonríe y me da un beso en la mejilla.

—Encantada —digo, esta vez, sonriendo genuinamente.

Intercambio una sonrisa con mi novio. Es obvio que me veo —y me siento— un poco más tranquila ahora.

Dejo escapar aire que ni siquiera he notado que estaba reteniendo, y consigo relajarme mucho más de lo que podría haber suplicado.

Bien.

Todo va bien... ¿Cierto?

—¿Dónde mierda está Rhett? —le pregunta Sebastian a Liam, quien ya ha vuelto a desparramar su cuerpo en el sofá y a beber algo de su vaso.

¿Para la gente rica es normal tener invitados y no estar presente a la hora de recibirlos?

—En la cocina. Está haciendo una segunda ronda de tragos.

Mi novio asiente, no antes de quitarle de un tirón el vaso a su amigo y llevárselo a la boca para tomar el resto de la bebida. Esto le cuesta un reproche y un insulto de Liam. Connor ríe. Oigo a Nicole y Ashley murmurar “idiotas”.

Es un grupo agradable, ¿no?

Ahora solo queda conocer al famoso Rhett.

Sebastian me guía hacia la cocina de la casa de su amigo. Entro a su lado con cierto cuidado, con miedo de romper algo, cualquier cosa, en esta casa. Todo luce tan delicado que incluso me apena tener que pisar el suelo.

El tal Rhett está de espaldas a nosotros, sacudiendo en el aire la coctelera justo antes de verter el contenido en las finas copas de vidrio encima de la mesa alta. Literalmente tiene un bar. Licores, vodka, ron... Y banquetas. Hasta tiene banquetas.

Es más grande que la barra del bar en donde trabajo, y eso que Oasis es un lugar *superlujoso*.

Mi novio se adelanta y se acerca a él. Yo lo sigo, aunque sin saber muy bien qué hacer y creyendo que esa *espalda* me resulta bastante familiar, pensamiento que quito al instante de mi cabeza.

Rhett no nos ha escuchado entrar, aparentemente. Tiene sentido. En el living la música suena tan fuerte que temo que las copas revienten.

—Qué pasa, hermano —lo saluda Sebastian, apoyando la mano en el hombro de su amigo, que le lleva casi una cabeza. *Y yo que creí que mi novio era alto.*

Entonces, al fin, el famoso Rhett Coleman se voltea.

Mis ojos se clavan en los suyos.

Los suyos en los míos.

Me quedo paralizada.

El tiempo parece detenerse.

El corazón late con fuerza en mi pecho.

—No puede ser —decimos ambos al unísono.

No puede ser.

No. Puede. Ser.

El imbécil de la discoteca.

El mejor amigo de mi novio es el imbécil de la discoteca.

Él también me reconoce.

Sus ojos azules claros amenazan con salirse de sus órbitas mientras me mira. Ni hablar de que nuestras mandíbulas están a punto de tocar el suelo.

La madre que me parió.

La. Madre. Que. Me. Parió.

—Eh... —titubea Sebastian, observando con incertidumbre la *no interacción* que estamos teniendo su mejor amigo y yo.

Percibo la mandíbula de Rhett tensarse.

—No puede ser —repito, incapaz de formular una oración más elaborada.

Me dirijo a mi novio enseguida, todavía estupefacta, tratando de no volver a mirar a Rhett.

Su amigo no me ha quitado la mirada de encima en ningún momento. O al menos así lo siento. *Mierda, ¿sus ojos eran así de intensos anoche?*

Por un instante, no tengo ni idea de qué hacer. ¿Debo decirle a Sebastian que Rhett es el hombre a quien *casi* golpeo? El mismo a quien le tiré mi bebida encima... detalle que preferí omitir al momento de contarle la historia, sobre todo por el hecho de *cómo reaccionó* mi cuerpo cuando la camiseta empapada se le adhirió al torso y enseñó *todo* lo que se escondía debajo.

El recuerdo de anoche de Rhett cruza mi cabeza fugazmente.

Eso logra que recuerde la *otra* situación.

Él besando a la pelirroja...

Mientras me miraba directamente a los ojos.

Sacudo la cabeza. Cuando regreso a la realidad, me encuentro con la mirada interrogativa de mi novio.

—¿Becca? —pregunta, como si ya hubiera dicho mi nombre antes pero yo no le hubiera escuchado.

No pasa desapercibida la sonrisa irónica de Rhett a medida que tiene el labio inferior entre sus dientes. Niega con la cabeza. No entiendo, ¿esto le divierte?

Entonces, sin más, suelto:

—Rhett es el idiota con el que discutí anoche.

Sebastian abre la boca, mira a su amigo, que sigue de brazos cruzados sin una pizca de tensión en el cuerpo. El pelinegro se encoge de hombros y asiente.

—Tu novia es bastante irritante, hermano —dice, como si fuera un *hecho*, y atina a volver a su trabajo de barman improvisado.

Su voz suena mucho más grave ahora que no tiene que competir con la música estridente de la discoteca.

¿Es siempre así de imbécil?

Se hace un silencio tenso en la cocina mientras mis ojos siguen fijos en el idiota apenas esas palabras salen de su boca. Espero que mi novio haga algo, lo que sea, como, no sé... *defenderme*, pero se queda callado observando a su amigo con diversión.

Empiezo a creer que estos dos comparten neuronas.

Sebastian no es un cabrón, pero no han sido pocas las veces que Harper y Jack me han dicho que les parece un idiota por algunas cosas que dice o hace. Debo admitir que quizás tienen un tanto, un *tantísimo*, de razón. Sebastian no es de esas personas que caen bien al instante de conocerlo.

Yo también creí que era un cretino la primera vez que hablé con él, una noche que visitó el bar y me pidió nuestra bebida más cara,

y no fue tan amable como se esperaría de un hombre que prácticamente tiene la vida perfecta.

—Y tú eres un imbécil —le hago saber lo que estoy pensando a Rhett, que sigue mirándome con expresión burlona.

Sebastian interviene. *Al fin.*

—Bueno, ya pasó, ¿no? —dice, y lo fulmino con la mirada justo antes de volver a mirar a su amigo—. Qué graciosa coincidencia.

—Qué coincidencia de mierda —murmuro para mí misma cuando bajo la cabeza un segundo.

Por supuesto, mi intención es que Rhett me oiga a la perfección.

—¿Siempre es así? —le pregunta él a Sebastian, cosa que me irrita aún más. Hace de cuenta que no estoy aquí, parada frente a él, y me ignora para hablar con mi novio sobre *mí* como si no estuviera escuchándolos.

Le lanzo una mirada de advertencia a Sebastian. Si no nota ahora que estoy realmente molesta, entonces no sé qué lo hará darse cuenta. Creo que estoy siendo lo suficientemente clara con cada una de mis expresiones de que tengo ganas de estrangular a *alguien*.

En lo posible, alguien que se llame *Rhett Coleman*.

—¿Terca? Sí. Lo es. Pero ya me he acostumbrado —afirma mi novio, encogiéndose de hombros.

Bueno, al menos me ha defendido... ¿no?

Rhett arquea las cejas y revolea los ojos.

No me percato de que he estado mirando al amigo de mi novio desde sabrá Dios cuándo.

No sé por qué, simplemente es como un reflejo volver a observarlo, algo *inevitable*.

A ver, no voy a hacerme la tonta. Que sí tengo ojos, y decir que Rhett no es atractivo es como decir que la lluvia no moja. Me

encuentro observándolo más de lo que cualquiera creería correcto para alguien que está de novia hace seis meses.

No puedo evitar pensar que la luz cálida de la cocina revela aspectos de él que las luces neón de la discoteca escondían: un sutil relieve en el puente de su nariz, las venas que serpentean por sus brazos y cuello...

Unos cuádriceps perfectamente tonificados que se insinúan bajo su pantalón de jean oversized...

Mierda, Becca.

¿Qué carajos ocurre contigo?

—Pues yo creo que es irritante —dice Rhett, encogiéndose de hombros.

Agh.

—Y yo que eres un imbécil —replico entre dientes.

—Sí, eso ya lo has dicho. Ahora, y anoche.

—Bueno, lo repito por si no te ha quedado claro.

—No he podido dormir por pensar en eso. Has herido mis sentimientos.

—Pues qué pena.

—¿Qué tal si le enseñas qué es el sarcasmo? —Rhett me señala con el mentón, dirigiéndose a Sebastian, quien sigue nuestra discusión alternando la mirada entre nosotros cada vez que uno habla.

Termina de verter en la última copa libre el líquido que acaba de preparar en la coctelera.

Mi novio se restriega la cara con la mano y se truena el cuello. Este (re)encuentro parece estresarlo tanto como a nosotros.

Me dan ganas de insultar a los cuatro vientos cuando caigo en la cuenta de que esto no terminará aquí, de que tendré que ver a Rhett cientos de veces luego de esta noche.

Cruzarme con él será inevitable durante todo el tiempo que siga mi relación con Sebastian. Y no planeo cortar con él.

Perfecto.

Al menos no ha mencionado el asunto con el vodka. Después de todo, dudo que quiera que Sebastian se entere de que él, *su mejor amigo*, ha *provocado* a su novia de tal manera que la hizo excitar en menos de cinco segundos.

Agh. Ignora ese último pensamiento, cerebro.

—Becca —me habla mi novio, tomándome delicadamente del hombro—, ¿y si intentas darle una oportunidad? Por mí. No quiero que las cosas estén tensas siempre que se vean.

Bufo. Mis ojos se desvían a Rhett, como por milésima vez en menos de diez minutos.

—¿Y qué hay de él? —Señalo al idiota de su amigo con el mentón—. ¿Qué me garantiza que no se comportará como un imbécil conmigo?

Sebastian asiente. Dirige su mirada a Rhett, que nos observa como si estuviera a punto de vomitar.

—Tú también —le dice—, trátala bien. Es mi novia y estará conmigo constantemente, lo que significa que también estará contigo. Hazlo más sencillo y no seas un idiota con ella, ¿okey? No quiero que discutan cada vez que estén juntos en un mismo sitio. Harán que me den dolores de cabeza.

Rhett y yo intercambiamos miradas.

La suya es tan desafiante como la mía. Nos quedamos callados un instante, solo viéndonos. Él de pie a unos metros de Sebastian y de mí, apoyado en la mesa alta donde acaba de dejar el último trago que preparó.

Como *barwoman* hace más de un año, puedo asegurar que le ha echado el doble de alcohol del necesario.

Estoy a punto de hacérselo saber cuando recuerdo lo que nos pidió Sebastian. Me obligo a cerrar la bocota.

Ambos terminamos por asentir y bajar la vista como hacen los perros cada vez que su dueño los regaña.

Rhett se aleja de la mesada arrastrando los pies, completamente en contra de su voluntad, y se aproxima a mí hasta quedar aún más cerca que Sebastian.

Su cuerpo es imponente. Su altura, casi *ridícula*. Más de un metro noventa, seguro. Sus ojos azules parecen ver directamente dentro de mí, el mechón de cabello que le cae por la frente me distrae por un segundo y ese relieve en el puente de su nariz se lleva toda mi atención.

Me estrecha la mano de mala gana.

La tomo de mala gana.

Los dos implementamos más fuerza de la necesaria en el apretón hasta que nuestras manos se tornan ligeramente blancas.

—Tregua —dice, y le lanza una fugaz mirada de reojo a Sebastian.

Después, vuelve a mirarme a mí.

No lo dice genuinamente. Ambos sabemos que nuestra relación será terriblemente complicada, porque *chocamos*, porque no me hace falta conocerlo más para saber que su personalidad es totalmente opuesta a la mía y que tiene *todo* lo que debe tener alguien para que me caiga mal.

Aun así, me fuerzo a decir:

—Tregua.

Suelto su mano cuando Sebastian apoya una de las suyas en el hombro de su amigo, y la otra en el mío. Nos sonrío aliviado. Al parecer se ha tragado nuestro *acting*.

—Perfecto —dice mi novio—, ahora, si me permiten, voy a agarrar uno de esos tragos y unirme a los simios que están en el living.

Se abre paso entre nosotros y se dirige a la mesada para tomar las bebidas –prácticamente puras– que ha preparado su mejor amigo.

Vuelvo la vista a Rhett.

Él también me está mirando.

No logro descifrar qué está pasando por su cabeza mientras me mira. Seguramente, pensamientos repulsivos muy parecidos a los que yo estoy teniendo en este momento.

Le echa un vistazo a Sebastian del otro lado de la cocina, quien ya está bebiendo el trago, y cuando se asegura de que este va a cruzar hacia el living, regresa hacia mí.

Sus ojos se clavan en los míos.

Sonríe retadoramente.

Ruedo los ojos y sigo el camino de mi novio para dejarlo solo en la cocina.

Ignoro el cosquilleo en mi estómago.

Este hombre va a volverme loca.